

estaban siempre vueltos hacia Santa Elena. De ese modo se preparaban nuevos abortos revolucionarios para las generaciones futuras.

Las primeras víctimas del celo de la Santa Alianza fueron precisamente los hombres de abnegación y sacrificio que con más ardor habían luchado contra Napoleón, el enemigo común. La «Liga de la Virtud», *Tugendbund*, que se había constituido en sociedad secreta para la reconquista de la independencia y de la unidad alemanas, fué disuelta oficialmente y sus miembros más activos se vieron perseguidos por el gobierno mismo que habían restablecido y á que habían prestado fuerza; las camaraderías de estudiantes fueron severamente vigiladas; el régimen de espionaje se deslizó entre la juventud para desunirla y corromperla; se llegó hasta á perseguir las sociedades de gimnasia como refugios de la odiada revolución.

En el oriente de Europa se produjo la obra de la reacción bajo la forma de aumento del territorio reducido á servidumbre. La «Santa Rusia» se anexionó lo que quedaba de Polonia, el gran ducado de Varsovia, con promesa imperial de observar su Constitución, de respetar la libertad de la prensa y la del individuo y de conservar la representación nacional; pero un emperador no se siente jamás ligado por sus compromisos: los hombres de Estado que le rodean hallan siempre el medio de justificar el crimen; los Polacos tuvieron que participar de la servidumbre de los Rusos y demás súbditos del imperio, Europeos y Asiáticos.

Por un fenómeno notable de contraste, fácilmente explicable, ocurrió que España, única en Europa, se exceptuó de aquel movimiento general de retroceso: los hombres habían fortalecido su energía en la lucha, y si las poblaciones de la península hubiesen sido abandonadas á su propio esfuerzo por la reacción europea, la revolución hubiera triunfado del derecho divino. Devuelto el rey Fernando VII á Madrid por los aliados, rodeado por toda una corte de inquisidores y de frailes, se apresuró á restaurar el régimen de la caprichosa arbitrariedad; no dignándose hacer concesiones como Luis XVIII en Francia, rechazó la Constitución votada por las Cortes en 1812 durante la guerra de insurrección contra los Franceses, y se declaró rey absoluto. Restablecida la Inquisición, comenzó á funcionar, no sólo contra los herejes, sino principalmente contra lo

liberales: llenáronse las cárceles; miles de Españoles, y de los mejores, tomaron el camino del destierro; pero la necesidad de libertad que agitaba la nación en sus profundidades, consecuencia lógica del heroísmo perseverante manifestado en su guerra de independencia, era demasiado impetuoso y general para que el rey, pobre personaje ignorante, incapaz y cobarde, pudiera encontrar en sí y en su cortejo de confesores jesuitas, los recursos necesarios para la lucha.



Cl. J. Kuhn, edit.

## EL PEÑÓN DE GIBRALTAR

Vista tomada desde el fondo de la bahía de Algeciras.

Estallaron rebeldías en todas las comarcas españolas y la guerra de guerrillas comenzó de nuevo como en tiempo de Napoleón. Hasta el ejército se rebeló contra el régimen de los clérigos. Riego se apoderó (1820) de los fuertes de la isla de León, que mandaba al sud de las cercanías de Cádiz, y el himno que cantaban sus soldados fué repetido con entusiasmo en Galicia, en Vizcaya, en Navarra, en Murcia y en Madrid; se quemaron los calabozos de la Inquisición y se marchó hacia el palacio del rey.

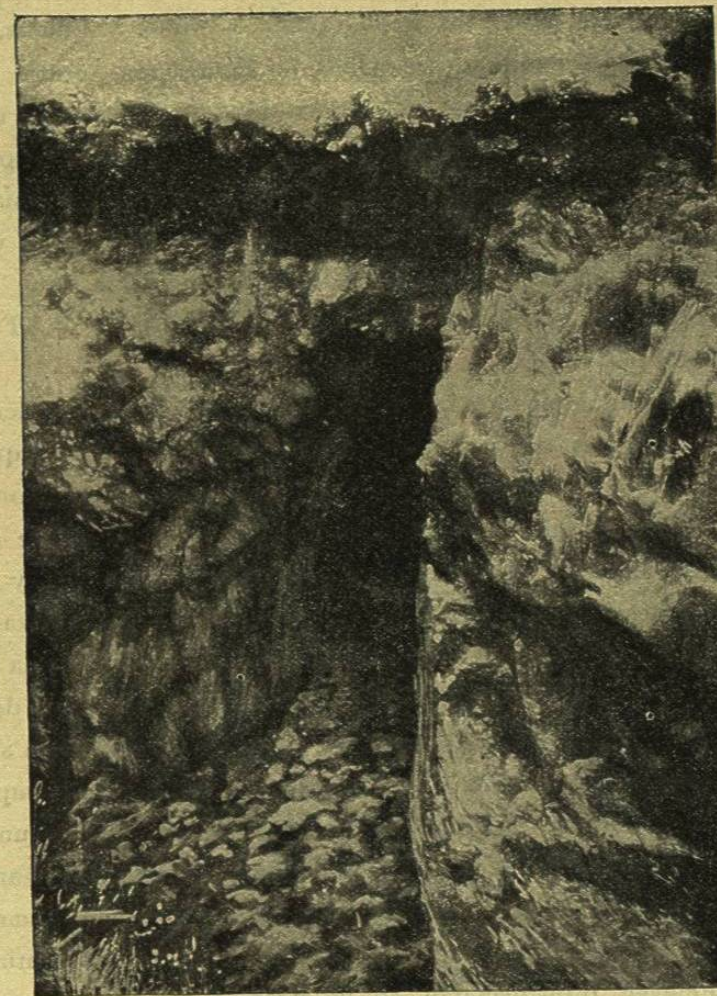
Entonces se repite la historia, y las peripecias que se habían



desarrollado en Francia antes de la Revolución se reprodujeron en España. El rey, asustado, prometió el restablecimiento de la Constitución de 1812 y renovó su juramento al pueblo reunido ante el palacio real. La Inquisición fué abolida por decreto, y las prisiones devolvieron sus cautivos; hasta dos mártires, que aún padecían á causa del tormento sufrido en los calabozos del Santo Oficio, ocuparon un puesto como ministros del Consejo; se abolieron los mayorazgos; los conventos, donde se había acumulado la riqueza del país, fueron obligados á devolver una parte. La burguesía triunfante se hizo cortés y parlamentaria, mientras que el rey, rumiando su venganza, maquinó conspiraciones con la «Junta apostólica» del interior y con los soberanos extranjeros. Entonces se vió el curioso espectáculo de un ejército francés que penetra en España (1823) para realizar en ella una misión análoga á la encomendada al ejército de Brunswick en Francia al principio de la gran Revolución: el duque de Angulema, sobrino del rey Luis XVIII, mandaba las fuerzas invasoras, que avanzaban prudentemente por aquellos terribles desfiladeros donde algunos años antes habían sido sacrificados tantos Franceses; pero esta vez los invasores eran favorecidos por el clero, y el «ejército de la fe», formado por bandas reclutadas en distintos puntos, alrededor de los conventos y de las iglesias, les abría los caminos. En menos de diez meses terminó la campaña: el ejército francés se apoderó de Cádiz, librando al rey del respetuoso cautiverio á que estaba sometido, y entregado nuevamente el desgraciado á su instinto de feroz brutalidad y protegido por un ejército de ocupación que le defendía contra su propio pueblo, pudo dedicarse tranquilamente á la persecución de sus enemigos; pero la desorganización financiera y administrativa fué en aumento y España llegó á sufrir la vergüenza de que los corsarios de Argel capturaran sus navíos y devastaran sus costas sin que le fuera posible defenderse.

La angustia de la monarquía española se complicaba con las guerras exteriores que había de sostener contra sus colonias de América. Sábese con qué celoso empeño ocultaban los sucesores de Carlos V sus posesiones de ultramar. Habían tratado de hacer

las tinieblas y el silencio sobre aquellos inmensos territorios, y no explotaban sus riquezas más que por estricto monopolio atribuido á algunas casas financieras, que estaban también sometidas á un sistema de sospecha inquisitorial. Mapas, planos, estadísticas, documentos de historia y de etnología, se ocultaban cuidadosamente en los archivos, y hasta se condenaba á muerte, no sólo á los piratas que violaban las costas prohibidas, sino también á los naufragos á ellas arrojados por los accidentes marítimos. No fué uno de los menores triunfos del espíritu filosófico del siglo XVIII, la autorización



LA GRUTA DE CALIPSO EN LA ISLA DEL PEREJIL <sup>1</sup>

graciosa concedida á unos astrónomos franceses para medir un arco de meridiano sobre la meseta de los Andes ecuatoriales, y después el permiso de viajes de exploración concedido á Españoles y extranjeros.

<sup>1</sup> Grabado tomado de *Les Phéniciens et l'Odyssée*, por Victor Bérard, librería Armand Colin.

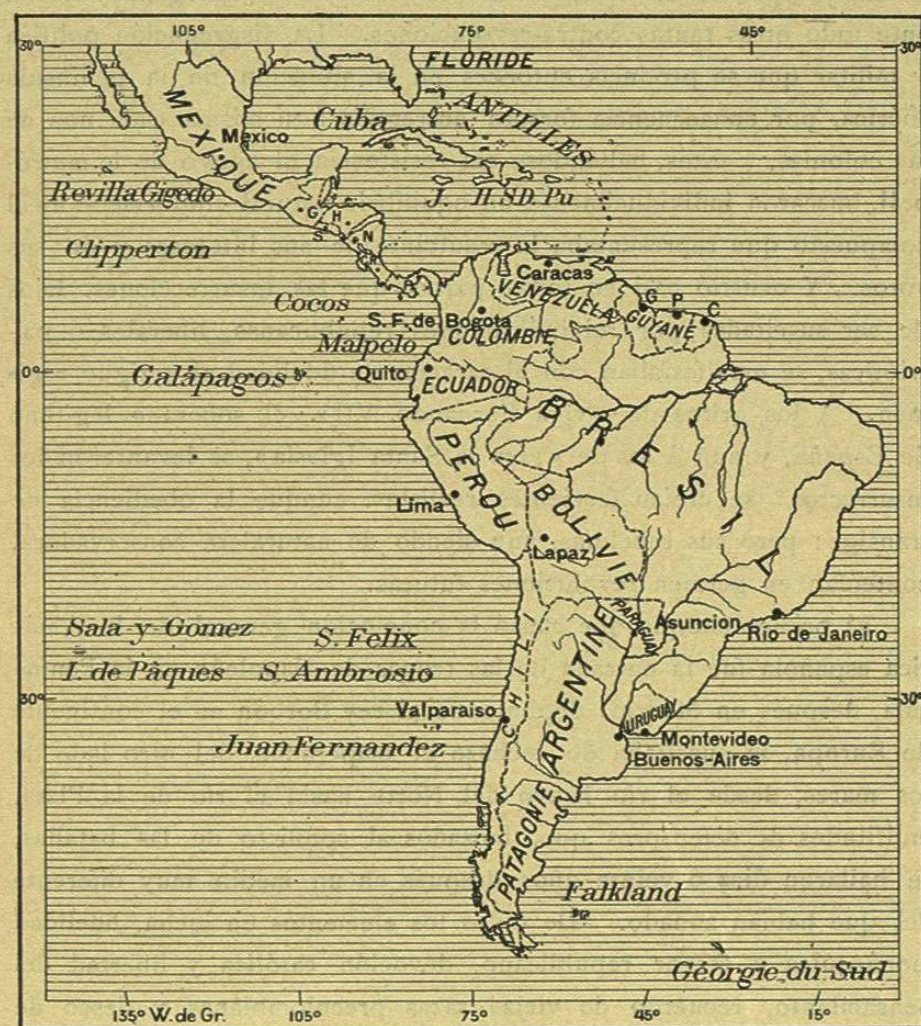


Así pudo Félix de Azara, enviado especialmente para marcar los límites de las fronteras hispano-portuguesas, ocuparse además de la geografía de las comarcas pláteas, de las costumbres de la población, de los animales y de las plantas de la pampa y publicar después sus investigaciones en grandes obras destinadas al público. Del mismo modo los Neo-Granadinos Mutis y Caldas, y los Españoles Ruiz y Pavón se ocuparon de la historia natural de las regiones andinas. Por último, Alejandro de Humboldt, sabio rico, bien emparentado y muy recomendado por la diplomacia europea, logró forzar la entrada del Nuevo Mundo español, en compañía de su amigo Bonpland (1799), y pudo realizar aquel memorable viaje á la América equinoccial y sobre la meseta mejicana, que constituyó una verdadera revolución en el conocimiento de la Tierra y de los hombres.

Evidentemente la evolución natural debió tender á separar de España sus colonias americanas, del mismo modo que había separado de la Gran Bretaña los trece grupos políticos convertidos en los Estados Unidos. Al sud como al norte del doble continente, los descendientes de los Europeos sufrían con odio y desprecio las órdenes que les llegaban de la madre patria, que ya era para ellos el extranjero, á pesar de la comunidad de la lengua y de las tradiciones; privados de toda iniciativa en la gerencia de sus intereses locales, aceptaban con rabia y con el sentimiento de su derecho violado la dirección de los personajes inexpertos é incompetentes que se les enviaba de Europa, principalmente para hacerse una gran fortuna en su proconsulado; pero en las comarcas hispano-americanas esos grupos de descontentos habían sido muy poco numerosos durante tres siglos y demasiado esparcidos para que sus sentimientos tácitos pudiesen transformarse en un gran movimiento de rebeldia colectiva. No era bastante poderosa todavía la tensión de los ánimos; el vapor contenido no había llegado á suficiente presión para vencer la resistencia de las paredes sólidas que lo contenían. Además, la situación se hallaba particularmente complicada en la América española por el hecho de que los blancos, poco ó nada civilizados, fuesen Españoles ó criollos, se hallaban en contacto más ó menos inmediato con las poblaciones autóctonas que constituían la masa de la nación

y contrastaban con ellos por las lenguas, las tradiciones, las condiciones económicas y el estado intelectual y moral.

N.º 440. Imperio Hispano-Americano.



1 : 80 000 000

0 1000 2000 4000 Kil.

América central: G., Guatemala; H., Honduras; S., San Salvador; N., Nicaragua; C.-R., Costa-Rica; P., Panamá. — Guyana: G., Georgetown; P., Paramaribo; C., Cayena. — Antillas: J., Jamaica; H., Haití; S. D., Santo Domingo; Pu., Puerto-Rico.

Los Hispano-Americanos estaban, pues, en presencia de dificultades capitales que no habían hallado los Anglo-Americanos en sus



primeras tentativas de independencia política. Hasta por una singular combinación de las fuerzas en lucha, las revoluciones de la América española, múltiples en sus orígenes y sus manifestaciones, tomaron en muchos puntos un carácter claramente clerical y retrógrado: fueron ante todo otras tantas contra-revoluciones. La disgregación política y militar que se producía entonces en la situación de la península Ibérica, por consecuencia forzosa entregaba á sí misma cada una de las colonias, y éstas, hallándose sin resistencia ni apoyo de la metrópoli, buscaron individualmente un equilibrio natural conforme al ideal compuesto que representaba la resultante de sus intereses y de sus votos. Y ocurrió casi en todas partes que las insurrecciones, lejos de ser suscitadas por reivindicaciones republicanas, liberales ó patrióticas, se manifestaban con el carácter de fidelidad al antiguo régimen. A los gritos de «viva Fernando VII», el soberano legítimo de España, y aun á los de «viva la Santa Iglesia», se levantaron los insurrectos: se creían fervientes realistas, aunque la obediencia no transige; pero sus rebeldías, aun siendo de naturaleza conservadora, contenían en germen revoluciones futuras.

El primer choque que causó la conmoción general de la América española fué la entrada de las tropas de Napoleón en la Península, después en Madrid: deponiendo al rey Borbón en el continente de Europa, le suscitaba de rechazo el emperador, del otro lado de los mares, desde el río Bravo del Norte hasta el río de la Plata, multitudes de defensores que, lanzados al conflicto de las batallas, se hallaron diez ó veinte años después en un medio muy diferente del que habían soñado. De todos los elementos en lucha, fidelidad monárquica y fervor republicano, devoción católica y libertad del pensamiento, recuerdo de viejas razas precolombianas y deseo de constituir una gran nación humana sin preocupaciones de origen ni de color, servidumbre económica, liberación del trabajo, ninguno logró triunfar por completo, y de todos los conflictos, de los compromisos, de las concesiones mutuas, salieron repúblicas políticamente independientes, de las que había desaparecido la esclavitud de los negros, lo mismo que el régimen opresivo de los «repartimientos» y de la «misa», pero casi todas permanecían sometidas á la Iglesia romaná y al gobierno militar. Las antiguas naciones

azteca, maya, muysca, quichúa y guarani se habían reconstituido en grupos étnicos y al mismo tiempo transformado en pueblos modernos, con nuevas mezclas de raza, una lengua y un ideal renovados.

La inmensidad de los territorios comprendidos en la América española, desde las montañas Rocosas hasta las extensiones de la pampa, impedía de antemano todo movimiento de conjunto en las insurrecciones y en las guerras que habían de terminar en la constitución de las repúblicas hispano-americanas. Las distancias eran demasiado grandes para que las comunicaciones fuesen posibles; á lo sumo vagos ecos traían noticias más ó menos deformadas de los acontecimientos realizados. Las rebeliones se produjeron á miles de kilómetros unas de otras, y aun es de admirar que la solidaridad de los intereses entre los defensores de la independencia común haya podido triunfar de tantos obstáculos materiales para llegar poco á poco á cierta unidad de esfuerzos entre poblaciones agrupadas alrededor de centros tan distantes entre sí.

Esta localización forzada de las primeras tentativas de independencia permitió á muchas ciudades reivindicar el honor de haber sido las iniciadoras de la libertad, según la importancia atribuida á tal ó cual movimiento premonitorio. Desde el año 1809 Quito se había pronunciado en nombre de «Fernando VII y de la Santa Iglesia»; pero esta revolución local, debida á algunos abogados criollos, se hizo sin que la nación ecuatoriana tomase la menor parte y sin que se propagasen las vibraciones más allá de las fronteras. En Méjico, en Caracas y en Buenos Aires las sublevaciones tuvieron un alcance más considerable y fueron los puntos de partida de las luchas nacionales que duraron más de una decena de años para terminar por la definitiva separación de la antigua metrópoli.

Ya en 1808, con motivo de algunas perturbaciones ocurridas en la ciudad de Méjico, fué encarcelado el virrey Iturrigaray; pero la revolución propiamente dicha no estalló hasta dos años después, en la villa de Dolores, al norte de la capital, bajo la dirección del cura Hidalgo «en nombre de la Santa Religión y del buen rey Fernando VII». La lucha, que fué muy sanguinaria, se continuó, no tanto entre dos partidos nacionales, como entre dos sectas religio-



sas, devota una de la Virgen de Montserrat, los Españoles; otra de la Virgen de Guadalupe, los Indios del Anahuac. Gracias á revolucionarios generosos llegados de la misma península para dar á los rebeldes del Anahuac un sentido más elevado de la guerra que había costado ya tantas víctimas, se proclamó por fin la independencia de «Nueva España», conocida desde entonces con el nombre de Méjico, y los Gachupines, denominación injuriosa con que se designaba á todos los Españoles, hubieron de abandonar el Nuevo Mundo. ¡Pero cuántas veces la república mejicana se asemejó á un imperio absoluto, á una herencia de Motezuma!

En cuanto á las poblaciones de la América Central, divididas actualmente en cinco repúblicas diferentes, no dedicaron á la lucha contra España más que una acción indolente, y sufrieron sucesivamente tiranías diversas, cuya etiqueta es republicana desde 1823. El trabajo íntimo que se produjo en esas naciones donde, excepto Costa Rica, el elemento indígena, todavía mal «latinizado», dominó mucho, consistió principalmente en el conflicto entre las dos tendencias: la centralización política y la autonomía local. La falta forzada de relaciones entre focos de vida muy lejanos, sin ningún centro potente de atracción considerable, necesitó la ruptura de la región ístmica en Estados correspondientes á otros tantos países, cada uno de los cuales tiene su carácter físico bien determinado, una verdadera individualidad geográfica. Guatemala posee una osamenta continua de mesetas y de conos volcánicos paralelos al Océano; Salvador, mucho más populoso en proporción, pero de menor extensión, abre amplios valles entre sus alineados volcanes; Honduras se despliega en un inmenso abanico hacia la costa baja del mar de las Antillas, en tanto que su vertiente meridional se inclina en hemicírculo regular alrededor del golfo de Fonseca; Nicaragua sólo tiene regiones pobladas sobre el contorno de su gran lago, elevado solamente una treintena de metros sobre el mar, y Costa Rica es una zona transversal de gran elevación que se levanta entre los dos mares y se halla guarnecida al norte por una cadena de volcanes. El conjunto de la América Central, sinuoso y recortado, no tiene unidad geográfica, y la naturaleza, tanto como la rivalidad de las ambiciones locales, ha contribuído al fracaso de las tentativas de

federación reproducidas diferentes veces en el curso del siglo XIX.

En el continente meridional del Nuevo Mundo, los grandes intereses habían gravitado principalmente alrededor de Buenos Aires y del estuario del Plata, cuya importancia comercial era ya grande, siendo fácil prever sus altos destinos mundiales. Los Ingleses, convertidos en los dueños absolutos del Océano después de la destrucción de las flotas española y francesa en Trafalgar, se apresuraron á hacer una demostración naval en 1806 delante de Buenos Aires y á proponer á los Argentinos su patrocinio y su concurso en caso de insurrección contra España; pero se desconfió prudentemente de sus interesados ofrecimientos, y por dos veces los «Porteños» ó residentes del puerto de Buenos Aires les obligaron á reembarcarse: ya pensaban en la plena independencia, y á partir del principio de 1810 se instaló una junta revolucionaria en la capital. Los insurrectos, en pocos años, arrancaron todo el territorio de la Argentina á la dominación de los Españoles. Respecto del territorio natural comprendido entre los dos ríos Paraguay y Parana, sus habitantes, Guaranis silenciosos, obedecían con fervor á la pequeña aristocracia de los blancos de la Asunción, como en tiempo de la «reducción» habían obedecido á sus confesores los misioneros jesuitas; habían realizado pronto su revolución política desprendiéndose escrupulosamente de toda solidaridad con sus vecinos de la Argentina. Durante más de un cuarto de siglo, el pequeño Estado llamado república del Paraguay, quedó casi tan completamente cerrado á los extranjeros como lo estaba entonces la China y el Japón. Verdad es que aquel cierre fué impuesto por un hombre, tipo no igualado de aquellos déspotas á los cuales obedece ciegamente todo un pueblo. Francia, hijo de un francés y de una paraguaya, se trazó una línea de conducta rigurosa de la que no se separó nunca. Reinó por el terror, aunque sin crueldad: dueño de las almas, lo era de los cuerpos, siendo á la vez dictador político y confesor universal.

Todas las demás poblaciones sublevadas de la América española se sentían felizmente solidarias en sus reivindicaciones contra sus antiguos dominadores, y la Argentina dió de ello glorioso ejemplo, en 1817, cuando los cinco mil hombres que formaban el ejército de San Martín pasaron los Andes con todo su tren de guerra para